

N 31



“Esta nena va a tener
que usar anteojos”,
dijo el doctor Ruffo.
A Nicoleta la noticia le
cayó como un ladrillo.
¿Para qué anteojos?
Según ella,
no los necesitaba. Sin
embargo...

A partir de 6 años

Ema Wolf



Nicoleta

*Ilustraciones de
Elena Torres*



AIQUE

Cód.: 1538



AIQUE

NICOLETA - PUEGU



Nicoleta



Wolf, Ema
Nicoleta / ilustrado por Elena Torres. - 1a. ed. 1a. reimp. - Buenos Aires: Aique
Grupo Editor, 2004.
24 p. ; 19x16 cm.

I.S.B.N. 950-701-538-8

I. Libros para Niños I. Torres, Elena, il. II. Título.
CDD 808.899 282

© Copyright Aique Grupo Editor S.A. 1986
© Copyright Aique Grupo Editor S.A. para la presente edición 2004
Valentín Gómez 3530 (C1191AAP) Ciudad de Buenos Aires
Teléfono y fax: 4867-7000
e-mail: editorial@aique.com.ar / www.aique.com.ar

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA
I.S.B.N. 950-701-538-8

Primera edición 1999
Primera edición - Segunda reimpresión 2004

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica
o modificada, y por cualquier medio o procedimiento,
sea mecánico, electrónico, informático, magnético y sobre cualquier tipo de soporte,
no autorizada por los editores, viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Ema Wolf



Nicoleta

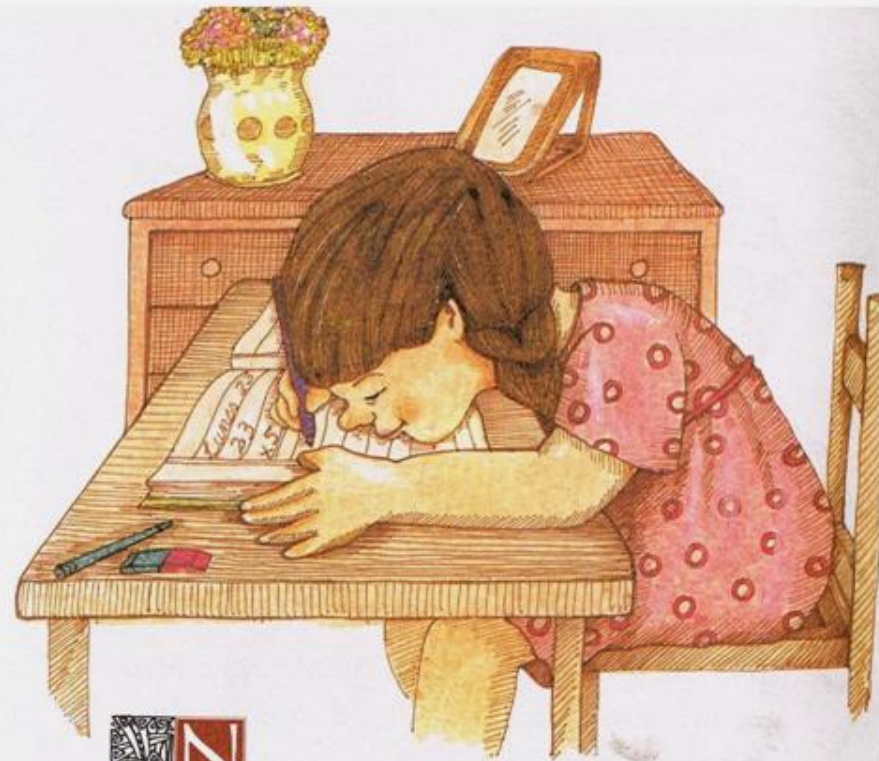
Ilustraciones:

Elena Torres

*Diseño de interior, diagramación y
realización gráfica:*

Adriana Llano


AIQUE



Nicoleta tiene ocho años.
La semana pasada su mamá la
llevó al oculista porque escribía
con la nariz pegada al cuaderno como si
estuviera oliéndolo.





El doctor Ruffo revisó a Nicoleta. Le hizo leer primero letras grandes y después cada vez más chicas.

A ella las letras chicas le parecían hormigas amontonadas.

Cuando terminó con las pruebas, el doctor Ruffo dijo:



—Esta nena va a tener que usar anteojos—. Y le dio una palmadita amistosa.

A Nicoleta la noticia le cayó como un ladrillo. ¿Para qué anteojos? Según ella, no los necesitaba.





En el camino de vuelta a casa la mamá de Nicoleta se agarraba la cabeza:

—¿Cómo voy a hacer para que no rompas los anteojos? ¿Te los ato? ¡Vas a precisar un par nuevo todos los días!

Miró preocupada a su hija y la besó en la nariz. Enseguida dijo, más preocupada aún:

—¿Podrá una nariz tan chica sostener un par de anteojos?





Al día siguiente Nicoleta estaba callada y con mufa.

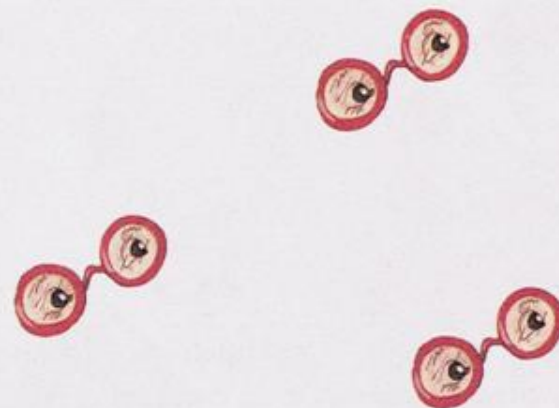
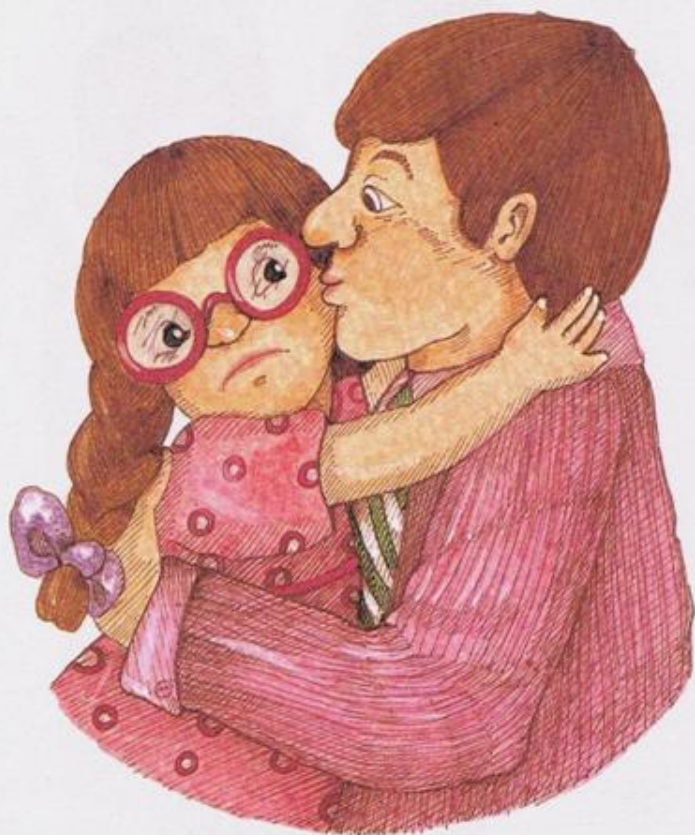
—¿Qué le pasa a la nena? —preguntó la abuela, que vino de visita.

—Es que tiene que usar anteojos... —le aclaró la mamá.

—¡Pero si muchos chicos usan anteojos! —comentó la abuela con optimismo.

Nicoleta pensó que no *muchos* usaban anteojos. Más bien eran pocos. Además, ¿por qué justo ella?





El día que los estrenó, el papá de Nicoleta llegó del trabajo, la alzó y la llenó de besos.

—¿A ver, mi princesita? ¡Muéstrame esos anteojos! ¡Qué bien le quedan! ¡Qué linda está! ¡Qué preciosura de nena!

Nicoleta pensó que su papá exageraba. Exageraba a propósito. Ella no se sentía una preciosura.





Esa misma noche el abuelo de Nicoleta se apareció con una bolsa de caramelos para ella.

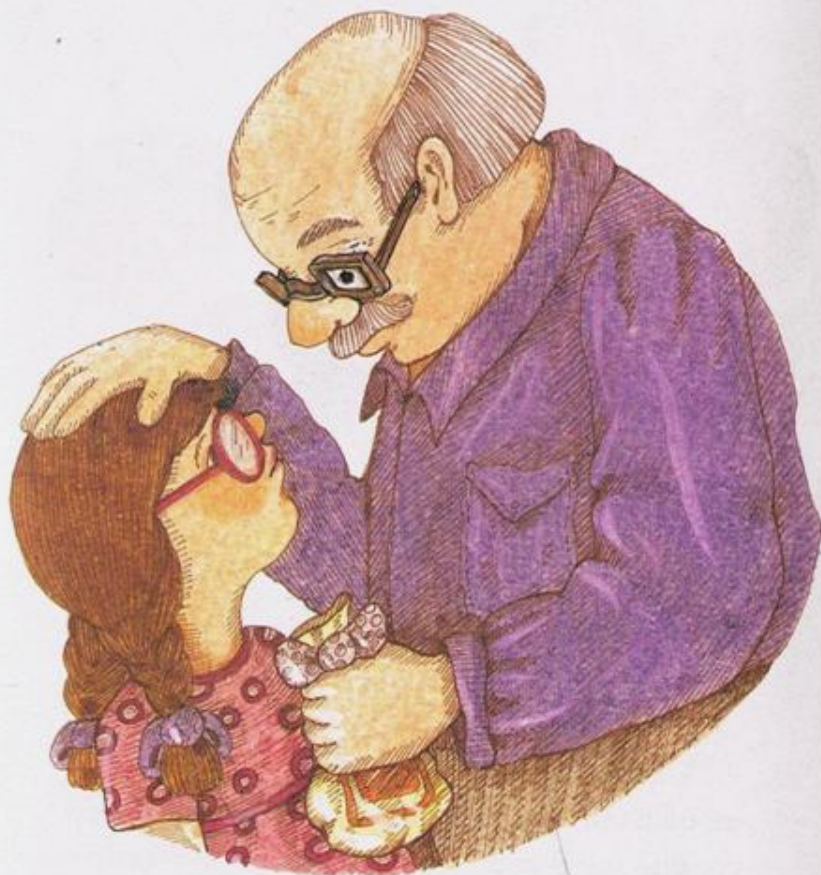
Nicoleta pensó que el regalo tenía que ver con los anteojos. Todo el mundo trataba de consolarla. También su tía Flica, que le dijo:

—¡Parecés mucho más interesante ahora!

Y la vecina de al lado, que le dijo:

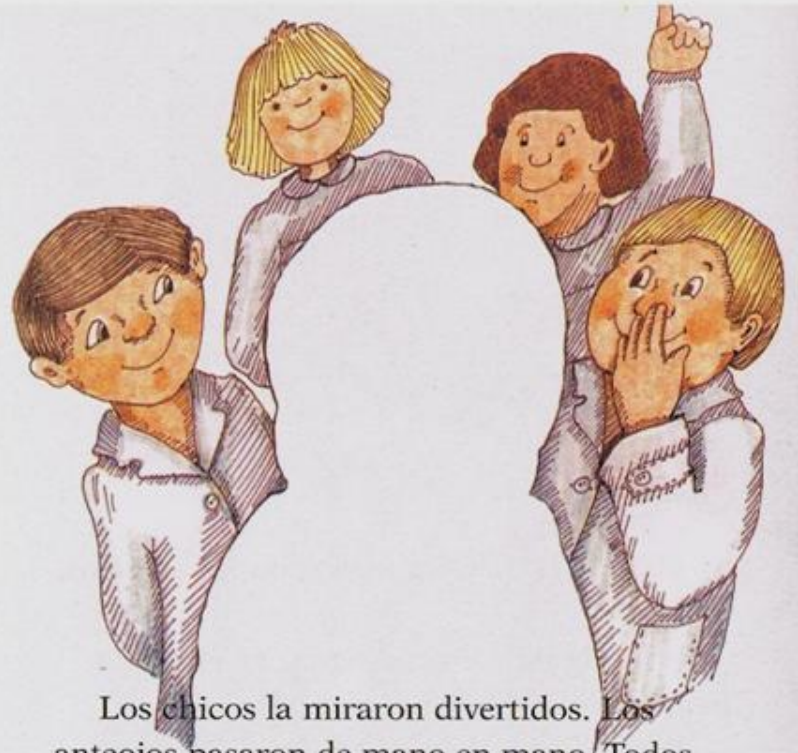
—¡Parecés mucho más grande ahora!

Ella no quería parecer ni más interesante ni más grande.





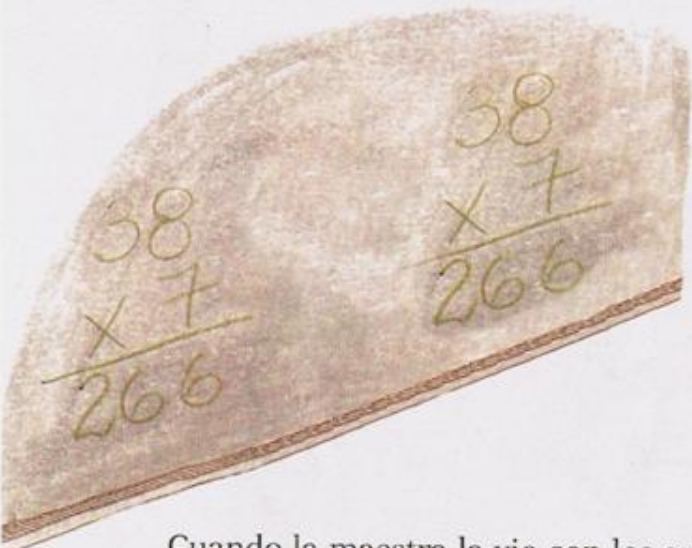
A la mañana siguiente Nicoleta llegó a la escuela con los anteojos nuevos y cara de "a ver qué me dicen".



Los chicos la miraron divertidos. Los anteojos pasaron de mano en mano. Todos querían probárselos. Se los ponían, hacían caras y preguntaban "¿Cómo me quedan?"

Ella no entendía qué podía tener eso de divertido.





Cuando la maestra la vio con los anteojos, le dijo:

—Desde hoy te vas a sentar en el primer banco, así lees mejor el pizarrón.

Pero ella quería sentarse en el último para charlar a gusto con su amiga Mercedes.

Todo mal. Los anteojos eran puros inconvenientes. Y ninguna ventaja, hasta ahora.





Esa tarde, cuando estaba por encender el televisor, llegó su tío Fredy.

Le tiró de las trenzas. Fredy traía un secreto guardado en una mano.

—Adiviná qué tengo acá.

Él siempre se aparecía con cosas raras.

—¿Cómo voy a saberlo si tenés la mano cerrada?

—Entonces la abro.

Algo muy chico voló de la mano de Fredy y se posó en la de Nicoleta.





—¡Es un bichito de San Antonio!
—¿Y cómo es? —le preguntó Fredy.
—Tiene dos alas, seis patas, dos antenas y puntitos negros en el lomo.
—¿Cuántos puntos tiene?
Nicoleta los contó sin problemas.
—Siete —dijo con seguridad. —¡Pero vos no los ves...?
—No.
A Nicoleta le dio risa. Acababa de entender una cosa importante.
—Fredy: vas a tener que usar anteojos.





Esta edición se terminó de imprimir
en agosto de 2004
en Impresiones Sud América.
Andrés Ferreyra 3767/69, Buenos Aires.

Nº 284